

DAMASCO.

2 de Abril 1832.

Vestido con el traje árabe mas rigoroso, he corrido esta mañana los principales barrios de Damasco, acompañado solamente de M. Baudin, por miedo de que una reunion algo numerosa de caras desconocidas llamase la atencion sobre nosotros. Hemos circulado primero bastante tiempo por las oscuras, sucias y tortuosas calles del arrabal Armenio, que parece por cierto una de las mas miserables aldeas de nuestras provincias. Las casas son de barro, y tienen sobre la calle algunas raras y estrechas ventanas enrejadas, cuyas persianas están pintadas de colorado: son muy bajas, y las puertas parecen puertas de establos; un monton de inmundicias y una charca de agua y de fango se hallan casi à la puerta de todas las casas: sin embargo hemos entrado en algunas de los principales comerciantes armenios, y me han asombrado la riqueza y la elegancia de estas habitaciones por dentro. Despues de haber pasado la puerta y atravesado un os-

curo corredor, se halla uno en un patio adornado con soberbias fuentes de mármol con surtidores, y á que dan sombra uno ó dos sicomoros ó sauces de Persia. Este patio está embaldosado con anchas losas de piedra pulimentada ó de mármol; las paredes están entapizadas de emparrados. Estas paredes están cubiertas de mármol blanco y negro; cinco ó seis puertas, cuyos largueros son tambien de mármol y están muy bien labrados, conducen á otras tantas salas ó salones donde se reúnen los hombres y las mugeres de la familia. Estos salones, muy espaciosos, están embovedados: tienen muchas ventanitas muy altas para que siempre circule libremente el aire exterior. Casi todos constan de dos planos; el primero, inferior, donde están los criados y los esclavos; el segundo, á que se sube por unos cuantos escalones y separado del primero por una baranda de mármol ó de palo de cedro maravillosamente labrado. En general, una ó dos fuentes con altos surtidores murmuran en el centro ó en los ángulos del salon. Los bordes están guarnecidos con jarrones de flores; multitud de gondrinas ó de palomas domesticadas van libremente á beber en ellas y á posarse en las orillas de los salones. Las paredes de la estancia son de mármol hasta cierta altura; mas arriba están cubiertas de estuco y pintadas de arabescos de mil colores, y muchas veces con molduras de oro sumamente recargadas. El mueblage consiste en magníficas al-

fombras de Persia ó de Bagdad que por todas partes cubren el pavimento de marmol ó de cedro, y en una gran cantidad de cogines y de colchones de seda esparcidos en medio de la estancia, y que sirven de sillas ó de reclinatorios à las personas de la familia. Un divan, cubierto de telas preciosas y de alfombras infinitamente mas finas, guarnece el fondo y los contornos de la sala: generalmente las mugeres y los muchachos están sentados ó tendidos en él, ocupados en diferentes trabajos caseros. Las cunas de los niños de pecho están en el suelo entre aquellas alfombras y aquellos cogines; el dueño de la casa tiene siempre uno de aquellos salones para sí solo y allí es donde recibe à los forasteros; generalmente se le halla sentado en su divan, con su tintero en el suelo à su lado, una hoja de papel apoyada en su rodilla ó en su mano izquierda, y escribiendo ó calculando todo el dia, porque el comercio es la sola ocupacion y el único ingenio de los habitantes de Damasco. Adonde quiera que hemos ido à pagar las visitas que nos habian hecho la víspera, el propietario nos ha recibido con agrado y cordialidad; nos ha hecho traer las pipas, el café, los sorbetes, y nos ha llevado al salon donde están las mugeres. Por ventajosa que era la idea que yo llevaba de la hermosura de las Sirias, à pesar de lo grande que es la que me ha dejado la hermosura de las mugeres de Roma y de Atenas, la vista de las mugeres armenias de Damasco las

ha escedido à todas. Casi en todas las casas hemos hallado caras que jamas ha representado el pincel europeo, ojos en que la serena luz del alma toma un color azul sombrío y espide rayos de húmedos terciopelos que nunca habia yo visto brillar en ojos mugeriles; facciones de una delicadeza y de una pureza tan esquisitas que la mas ligera y suave mano no podria imitarlas, y un cútis tan transparente y tan colorado al mismo tiempo por vivaces tintas, que ni aun los mas delicados matices de la hoja de rosa pueden representar su pàlida frescura; la dentadura, la sonrisa, la natural morbidez de las formas y de los movimientos; el metal claro, sonoro, argentino de la voz, todo está en armonía en aquellas admirables apariciones; hablan con gracia y con un modesto recato, pero sin cortedad y como acostumbradas à la admiracion que inspiran; parece ser que conservan mucho tiempo su belleza en este clima conservador, y en una vida casera y serena, en la que no desgastan el alma ni el cuerpo las pasiones facticias de la sociedad. En casi todas las casas en que he sido admitido, he hallado à la madre tan hermosa como à sus hijas, aunque pareciese que estas tenian de quince à diez y seis años; à los doce ó trece se casan.

Los trages de estas mugeres son los mas elegantes y nobles que hemos admirado todavía en Oriente:—la cabeza desnuda y cargada de cabellos cuyas trenzas, mezcladas con flores, dan muchas

vueltas sobre la frente y caen en largas madejas á ambos lados del cuello y sobre los hombros desnudos;—festones de piezas de oro y sartas de perlas interpoladas con el cabello; una gorrita de oro cincelado en lo mas alto de la cabeza;—el pecho casi desnudo; una chaquetita con mangas anchas y abiertas, de una tela de seda recamada de plata ó de oro; un ancho pantalon blanco con pliegues que baja hasta el empeine; los piés desnudos, calzados con unas pantuflas de taflete amarillo; un largo vestido de seda de color brillante que baja de los hombros, abierto sobre el pecho y la delantera del pantalon, y prendido solamente al rededor de las caderas con un cinturón cuyas puntas llegan hasta el suelo. No acertaba yo á separar mis ojos de aquellas hechiceras mugeres; en todas partes se han prolongado nuestras visitas y nuestras conversaciones, y siempre las he hallado tan amables como hermosas; los usos de Europa, los trages y costumbres de las mugeres de Occidente han sido en general el tema de nuestras pláticas; parece que nada envidian de la vida de nuestras mugeres, y cuando habla uno con estas encantadoras criaturas, cuando se halla en sus conversaciones y en sus modales aquella gracia, aquella perfecta naturalidad, aquella benevolencia, aquella serenidad, aquella paz del ánimo y del corazón que tan bien se conservan en la vida de familia, no sabe uno qué podrian envidiar á nuestras mugeres munda-

nas que lo saben todo, escepto lo que hace feliz en el interior de una familia, y que dilapidan en pocos años, en el bullicioso movimiento de nuestras sociedades, su alma, su hermosura y su vida. Estas mugeres suelen visitarse entre sí, y ni aun están separadas de la sociedad de los hombres; pero esta sociedad se limita á algunos parientes jóvenes ó amigos de la casa, entre los cuales, consultando su inclinacion y las relaciones de la familia, se les escoge desde la niñez un esposo, que ya desde entonces va de cuando en cuando, como un hijo, á mezclarse á los placeres de la casa.

Aquí he encontrado un gefe de los armenios de Damasco, hombre muy apreciable é instruido; Ibrahim le ha puesto al frente de la nacion en el consejo municipal que gobierna actualmente la ciudad. Este hombre, aunque nunca ha salido de Damasco, tiene las mas claras y juiciosas nociones sobre el estado político de Europa, sobre la Francia en particular, sobre el movimiento general de la mente humana en nuestra época, sobre la trasformacion de los gobiernos modernos, y sobre el porvenir probable de la civilizacion. No he encontrado en Europa un hombre cuyas miras en este punto fuesen mas esactas é inteligentes, cosa tanto mas sorprendente, cuanto no sabe mas que el latin y el griego, y nunca ha podido leer aquellas obras ó aquellos periódicos del Occidente en que estas cues-

tiones se hallan puestas al alcance aun de los que las repiten sin comprenderlas. Tampoco ha tenido nunca ocasion de hablar con hombres eminentes de nuestros climas, pues Damasco es un pais sin relaciones con Europa; todo lo ha comprendido, por medio de las cartas geográficas y de algunos grandes hechos históricos y políticos que han tenido un eco hasta en aquella ciudad, y que su natural y meditativo ingenio ha interpretado con maravillosa sagacidad. Este hombre me ha encantado; he pasado una parte de la mañana hablando con él; verá esta noche y todos los dias; él entreve, como yo, lo que la Providencia parece preparar para el Oriente y para el Occidente, por el inevitable roce de estas dos partes del mundo dándose mutuamente espacio, movimiento, vida y luz. Tiene una hija de catorce años, que es la mas preciosa criatura que hemos visto hasta ahora; la madre, jóven todavía, es tambien hermosísima. Me ha presentado su hijo, muchacho de doce años, cuya educacion le ocupa mucho.

—Deberia vd., le he dicho, enviarle à Europa y hacerle dar una educacion como la que siente vd. no haber recibido; yo cuidaria de él.

—¡Ah! me respondió, ya lo he pensado; siempre estoy pensando en eso, pero si el estado del Oriente no cambia todavía, ¿qué servicio habré hecho à mi hijo elevándole demasiado, por sus conocimientos,

sobre el nivel de su época y del pais en que ha de vivir? ¿Qué hará en Damasco cuando vuelva con las luces, las costumbres y el amor à la libertad, propios de Europa? ¡Si es preciso ser esclavo, mas vale no haber sido nunca mas que esclavo!

Despues de estas diferentes visitas, salimos del arrabal armenio, separado de otro barrio por una puerta que se cierra todas las noches. Hallé una calle mas ancha y mas hermosa, formada por los palacios de los principales agás de Damasco, que forman la nobleza del pais; las fachadas de estos palacios sobre la calle parecen largas tapias de cárceles ó de hospicios, tapias de barro pardo, con pocas ó ninguna ventana; de cuando en cuando, una puerta abierta sobre un patio; gran número de escuderos, de criados y de esclavos negros están tendidos à la sombra de la puerta. He visitado à dos de aquellos agás, amigos de M. Baudin; el interior de su palacio es admirable;—un patio espacioso, adornado con soberbios surtidores, y plantado de árboles que le dan sombra:—salones mas hermosos y mas espléndidamente decorados todavía que los de los armenios. La decoracion de muchos de aquellos salones ha costado cien mil piastras; la Europa no tiene nada mas magnífico; todo es de estilo árabe; algunos de aquellos palacios tienen ocho ó diez salones de este género. Los agás de Damasco son en general descendientes ó hijos de bajás que

han empleado en la decoracion de sus casas los tesoros adquiridos por sus padres;—es el nepotismo de Roma bajo otra forma. Son numerosos, y ocupan los principales empleos de la ciudad bajo el mando de los bajás enviados por el gran-Señor: tienen vastas posesiones eterritoriales en las aldeas que rodean á Damasco. Su lujo consiste en palacios, en jardines, en caballos y en mugeres; á una seña del bajá ruedan sus cabezas, y aquellos caudales, aquellos palacios, aquellos jardines, aquellas mugeres, aquellos caballos pasan á algun nuevo favorito de la suerte. Semejante legislacion naturalmente convida á gozar y á resignarse: molice y fatalismo son los dos resultados necesarios del despotismo oriental.

Los dos agás en cuyos palacios he entrado, me han recibido con la mas refinada cortesía; el fanatismo brutal del populacho de Damasco no sube tan arriba. Saben que soy un viagero europeo; me creen un embajador secreto, encargado de recoger informes para los reyes de Europa sobre la contienda de los turcos é Ibrahim. He manifestado á uno de ellos el deseo de ver sus mas hermosos caballos y de comprarle algunos, si queria vendérmelos; al instante me hizo llevar por su hijo y su escudero á una espaciosa cuadra, donde tiene treinta ó cuarenta de los mas admirables brutos del desierto de Palmira. Jamas cosa tan bella se

ha ofrecido á mis ojos; en general todos eran caballos de mucha talla, de pelo gris-oseuro ó gris-claro; de crines como de seda negra, con ojos saltones, de color castaño oseuro, de una fuerza y de una elasticidad admirables; tienen el lomo ancho y chato, cuellos de cisne. Apenas aquellos caballos me vieron entrar y oyeron hablar una lengua estrangera, volvieron la cabeza hácia mi lado, se estremecieron, relincharon y manifestaron su asombro y su espanto con sus oblicuas y azoradas miradas y con un rápido movimiento de la nariz, que daban á sus hermosas cabezas la fisonomía mas inteligente y extraordinaria. Ya habia tenido yo ocasion de observar cuanto mas rápido es y cuanto mas llega á desarrollarse el instinto de los brutos en Siria que en Europa. Una asamblea de creyentes, sorprendidos en la mezquita por un cristiano, no hubiera espresado mejor, en sus actitudes y semblantes, la indignacion y el espanto, de lo que lo hicieron aquellos caballos, viendo una cara estraña y oyendo hablar una lengua desconocida. Aca-ricié á algunos, los estudié á todos y los hice salir al patio; no sabia en cuál fijar mi eleccion, tan perfectos eran todos; en fin, me decidí por un potrillo blanco, de tres años, que me pareció la perla de todos los caballos del desierto. Discutieron el precio M. Baudin y el agá, y al cabo se fijó en seis mil piastras, que hice pagar al agá. El caballo

habia llegado de Palmira, hacia poco tiempo, y el árabe que se lo habia vendido al agá habia recibido cinco mil piastras y una magnífica capa de seda y oro. Como todos los caballos árabes, aquel llevaba al cuello su genealogía, suspendida en un saquito de cerda, y varios amuletos para preservarle de ser aojado.

Hemos recorrido los mercados de Damasco. El gran bazar tiene sobre media legua de largo. Los bazares ó mercados son unas largas calles, cubiertas con entablados muy altos, y ceñidas por tiendas, puestos, almacenes y cafés; estas tiendas son angostas y poco profundas; el tratante está sentado sobre sus talones delante de su tienda, con la pipa en la boca ó el narguilé á su lado. Los almacenes están llenos de toda especie de mercancías, y particularmente de tejidos de las Indias, que afluyen á Damasco por las caravanas de Bagdad. Los barberos instan á los transeuntes á hacerse cortar el pelo; sus tiendecillas están llenas de gentes. Una multitud, tan numerosa como las de las galerías del *Palais-Royal* (*), circula todo el dia en el bazar; pero el aspecto de esta multitud es infinitamente mas pintoresco. Compónese de agás, vestidos con largos ropones de seda carmesí, forrados

(*) El Palacio Real, grandioso edificio situado en el centro de Paris, y que tiene un hermoso jardín público, rodeado de arcos ó soper tales llenos de variadas y riquísimas tiendas.—(N. del T.)

de marta, con sables y puñales enriquecidos con diamantes, pendientes de sus fajas: los siguen cinco ó seis cortesanos, criados ó esclavos, que van silenciosamente detras de ellos, y llevan sus pipas y su narguilé; van á sentarse, una parte del dia, en los divanes exteriores de los cafés construidos á la orilla de los arroyos que cruzan la ciudad; hermosos plátanos dan sombra al divan; allí fuman y hablan con sus amigos, y este es el único medio de comunicacion, escepto la mezquita, para los habitantes de Damasco. Allí se preparan, casi en silencio, las frecuentes revoluciones que ensangrientan esta capital; la fermentacion muda está encubierta mucho tiempo y luego estalla en el momento en que menos se espera. El pueblo vuela á las armas bajo la bandera de un partido cualquiera, mandado por uno de los agás, y el gobierno pasa, por algun tiempo, á manos del vencedor. Los vencidos son sacrificados ó huyen á los desiertos de Balbek y de Palmira, donde las tribus independientes les dan asilo. Los oficiales y los soldados del bajá de Egipto, vestidos casi á la europea, arrastran sus sables sobre las aceras del bazar; hallamos á varios que nos paran y hablan en italiano. En Damasco siempre están muy alerta; el pueblo los ve con horror y todas las noches puede estallar el motin. Scherif-Bey, uno de los hombres mas capaces del ejército de Mehemet-Alí, los manda, y gobierna momentáneamente la ciudad: ha formado

un campamento de cerca de diez mil hombres fuera de los muros, á la orilla del rio, y tiene una guarnicion en el castillo; él habita en el serrallo. La nueva del menor reves sufrido en Siria por Ibrahim, seria la señal de un levantamiento general, y de una encarnizada refriega en Damasco. Los treinta mil cristianos armenios que habitan la ciudad están aterrados, y serian sacrificados si vencieran los turcos, porque estos están furiosos de la igualdad que ha establecido Ibrahim-Bajá entre ellos y los cristianos. Algunos de estos abusan de este momento de tolerancia é insultan á sus enemigos con una violacion de sus hábitos, que ecsaspera su fanatismo. M. Baudin está siempre pronto, al primer aviso, á refugiarse en Zarklé.

Los árabes del gran desierto y los de Palmira acuden en gran número á esta ciudad y circulan por el bazar; su única vestimenta consiste en una gran manta de lana blanca, en la que se embozan á la manera de las estatuas antiguas. Tienen la tez curtida, la barba negra, la mirada feroz; forman corros delante de las tiendas de los mercaderes de tabaco y delante de los silleros y de los armeros. Sus caballos, siempre ensillados y con bridas, están trabados en las calles y en las plazas. Desprecian a los Egipcios y á los Turcos; pero en caso de una sublevacion, marcharian contra las tropas de Ibrahim. Este no ha podido rechazar-

los mas que hasta una jornada de Damasco, y eso dirigiéndose en persona contra ellos con artillería, cuando pasó por esta ciudad. Actualmente son sus enemigos. Mas adelante hablaré con mas estension de esas poblaciones desconocidas, del gran desierto y del Eufrates.

Cada género de comercio y de industria tiene su distrito aparte en los bazares. A un lado están los armeros, cuyas tiendas distan mucho de ofrecer las magníficas y afamadas armadas que Damasco entregaba antiguamente al comercio del Levante. Aquellas fábricas de sables admirables, si alguna vez han ecsistido en Damasco, han caido completamente en olvido; ya no se fabrican en esta ciudad mas que sables de un temple comun, y no se ven en las armerías mas que armas viejas de ningun valor: vanamente he buscado un sable y un puñal del antiguo temple. Estos sables vienen ahora de Korassan, provincia de Persia, y aun allí ya no se fabrican; ecsiste cierto número de ellos que pasan de mano en mano como reliquias preciosas, y que son de inestimable precio. La hoja del que me han regalado le costó al bajá cinco mil piastras. Los turcos y los árabes, que estiman estas hojas mas que los diamantes, lo sacrificarian todo en el mundo por una arma semejante; sus miradas centellean de entusiasmo y veneracion cuando ven la mía, y la llevan á su frente como si adorasen un instrumento de muerte tan perfecto.

Los joyeros no tienen ningun arte ni ningun gusto en el engarse de sus piedras preciosas ó de sus perlas; pero poseen, en este género, inmensas colecciones. Toda la riqueza de los Oriéntales es mueble, á fin de poderla enterrar ó trasportar. Hay muchos plateros. Ponen muy pocos objetos á muestra, todo lo tienen encerrado en cajitas que abren cuando se les pide una joya.

Los silleros son los mas numerosos é ingeniosos obreros de estos bazares; nada en Europa iguala el gusto, la gracia y la riqueza de los arneses de lujo que trabajan para los caballos de los jeques árabes ó de los agás del pais. Las sillas están cubiertas de terciopelo y de seda recamada de oro y perlas: los pretales de tafíete rojo que caen en franja sobre el pecho, están adornados igualmente con bellotas de plata y oro y borlas de perlas. Las bridas, infinitamente mas elegantes que las nuestras, son tambien todas de tafíete de varios colores, y están decoradas con bellotas de seda y oro. Todos estos objetos se venden comparativamente con en Europa, á infimo precio: he comprado dos de estas bridas las mas magníficas, por ciento veinte piastras las dos (sobre doscientos reales).

Los vendedores de comestibles son los que presentaban en sus almacenes mas órden, elegancia, aseo y atractivo para la vista. La delantera de sus tiendas está ocupada por canastos llenos de ver-

duras, de frutas secas y de simientes leguminosas, cuyos nombres ignoro; pero que tienen formas y colores barnizados admirables, y que brillan como guijarrillos recién sacados del agua. Los panecillos y molletes de todas calidades y tamaños, están de muestra delante de la tienda; hay una innumerable variedad para las diferentes horas y las diferentes comidas del dia; todos están calientes como bollos, y tienen un sabor exquisito. En ninguna parte he visto tan gran perfeccion del pan como en Damasco; no cuesta casi nada. Algunas fondas ofrecen tambien de comer á los traficantes y á los transeuntes del bazar. No hay en ellas mesas ni cubiertos, ni mas manjares que unos tasajos de carnero, gordos como nueces y asados al horno, ensartados en unas agujas de lardear, que el comprador pone encima de los molletes dorados de que ya he hablado, y se los come de pié: las numerosas fuentes del bazar le ofrecen la única bebida de los árabes. Un hombre puede mantenerse perfectamente en Damasco por dos piastras ó sobre dos reales diarios: no gasta el pueblo la mitad de esta suma en su sustento. Se puede tener una bonita casa por dos ó trescientas piastras al año: con mil doscientos ó mil seiscientos reales de renta se puede pasar la vida muy holgadamente aquí, y lo mismo sucede en toda la Siria. Recorriendo el bazar, he llegado al distrito de los cajeros y cofreros, que es aquí la grande industria, porque todo el mueblage de una

familia árabe consiste en uno ó dos cofres donde se guardan las ropas y las alhajas. La mayor parte de estos cofres son de cedro y están pintados de colorado con adornos diseñados con clavos de oro: algunos están admirablemente labrados de relieve y cubiertos de arabescos elegantísimos. Tres he comprado y los he despachado por la caravana de Tarabourlous. El olor del palo de cedro embalsama por todas partes el bazar, y esta atmósfera, compuesta de mil perfumes diversos que se eshalan de las carpinterías, de las especerías y de las tiendas de los droguistas, de las cajas de ámbar ó de gomas perfumadas, de los cafés, de las pipas siempre humeantes en el bazar, me recuerda la impresión que experimenté la primera vez que pasé por Florencia, donde los maderages de ciprés llenan las calles de un olor muy parecido á este.

Sherif-Bey, gobernador de Siria por Mehemet-Alí ha salido hoy de Damasco. La noticia de la victoria de Konia, alcanzada por Ibrahim sobre el visir, ha llegado esta noche, y Sherif-Bey ha querido aprovechar, para ir á Alepo, la impresión de terror que ha sobrecogido á Damasco: deja el gobierno de la ciudad á un general egipcio, asistido por un consejo municipal, compuesto de los principales comerciantes de todas las diferentes naciones; un campamento de seis mil egipcios y de tres mil árabes se queda á las puertas de la ciudad. La

perspectiva que ofrece este campamento es sumamente pintoresca; á la sombra de los corpulentos árboles frutales, á la orilla del rio, se ven alzadas tiendas de todas formas y de todos colores; los caballos, en general admirables, están atados en largas filas á unas cuerdas tendidas de un extremo á otro del campamento. Los árabes no disciplinados están allí en toda la estraña diversidad de sus razas, de sus armaduras, de sus trages; unos semejantes á asambleas de reyes ó de patriarcas, otros á bandideros del desierto. Las lumbradas de vivac espiden sus azules columnas de humo que el viento impele sobre el rio ó sobre los jardines de Damasco.

He asistido á la partida de Sherif-Bey; todos los principales agás de Damasco y los oficiales de los cuerpos que se quedan de guarnicion se habian reunido en el serrallo. Los espaciosos patios que rodean las ruinosas tapias del alcázar y del serrallo, estaban llenos de esclavos, que tenian asidos del freno los mas hermosos caballos de la ciudad, ricamente ataviados; Sherif-Bey estaba almorzando en las habitaciones interiores. No entré en ellas, y habiéndome quedado con algunos oficiales egipcios é italianos en el patio principal, veíamos desde allí la muchedumbre de fuera, á los agás que iban llegando por grupos, y á los esclavos negros que pasaban, llevando sobre sus cabezas inmensas bande-

jas de estaño, que contenian los diferentes *pilós* del almuerzo.

Allí habia algunos caballos de Sherif-Bey, que son los mas hermosos animales que he visto hasta ahora en Damasco; son turcomanes, de una raza infinitamente mas alta y robusta que los caballos árabes; parecen grandes caballos normandos, con los miembros mas delicados y musculosos, la cabeza mas ligera, y el ojo ancho, ardiente, fiero y dulce al mismo tiempo del caballo de Oriente. Todos son bayos oscuros y de larga crin, verdaderos caballos homéricos. A las doce se ha puesto en camino acompañado de una inmensa cabalgata hasta cosa de dos leguas de la ciudad.

En medio del bazar de Damasco, hallo el mas hermoso kan del Oriente, el kan de Hassad-Bajá: fórmale una inmensa cúpula cuya atrevida bóveda recuerda la de San Pedro de Roma, y sostenida, como esta, sobre pilares de granito. Detras de estos pilares hay almacenes y escaleras que conducen á los pisos superiores donde están los cuartos de los comerciantes: cada comerciante de alguna importancia alquila uno de estos cuartos y en él guarda sus mercancías preciosas y sus libros. Hay una guardia que vela dia y noche por la seguridad del kan, y al lado hay grandes cuadras para los caballos de los viajeros y de las caravanas; refréscanle hermosas fuentes con agua de pié: es aque-

llo una especie de Bolsa del comercio de Damasco. La puerta del kan de Hassad-Bajá que da sobre el bazar, es uno de los trozos de arquitectura moruna mas ricos de pormenores y de mas grandioso efecto que pueden verse en el mundo: en ella se halla la arquitectura árabe toda entera. Sin embargo este kan no cuenta arriba de cuarenta años de existencia: un pueblo cuyos arquitectos son capaces de dibujar y cuyos jornaleros pueden ejecutar un monumento como el kan de Hassad-Bajá, no ha muerto para las artes. Construyen en general estos kanes ricos bajás que se los dejan á su familia ó á la ciudad que quieren enriquecer: rentan muy buenas sumas.

Un poco mas lejos ví, desde una puerta que da sobre el bazar, el gran patio ó el atrio de la principal mezquita de Damasco, que fué en otro tiempo la iglesia consagrada á San Juan Damasceno. El monumento parece coetáneo del Santo Sepulcro de Jerusalem; masacote, grande, y de aquella arquitectura bizantina que imita el género griego degradándole y parece construida con ruinas. Las grandes puertas de la mezquita estaban cerradas con densas cortinas, y como hay peligro de muerte para el cristiano que osa profanar una mezquita entrando en ella, me quedé sin ver el interior: solo nos detuvimos un momento en el atrio, fingiendo que bebiamos en la fuente.

La misma fecha.

Hoy ha llegado la caravana de Bagdad, compuesta de tres mil camellos, y se ha acampado á las puertas de la ciudad. He comprado algunas cargas de café de Moka, que ya no se puede hallar mas aquí, y algunos chales de la India.

La caravana de la Meca se ha suspendido á causa de la guerra: el bajá de Damasco está encargado de conducirla. Los Wahabitas la han dispersado varias veces; pero ya Mehemet-Alí los ha rechazado hácia Medina. La última caravana, atacada por el cólera en la Meca, rendida de cansancio y sin agua, ha perecido casi toda entera: cuarenta mil peregrinos han quedado en el desierto: el polvo del desierto que conduce á la Meca es polvo de hombres. Se espera que este año podrá partir la caravana bajo los auspicios de Mehemet-Alí; pero ántes, de pocos años, los progresos de los Wahabitas imposibilitarán para siempre esta piadosa peregrinacion. Los Wahabitas son la primera gran reforma armada del mahometismo. Un filósofo de las cercanías de la Meca, llamado Abul-Wahiab, ha acometido la empresa de convertir el islamismo á su pureza de dogma primitiva; de estirpar, primero con la palabra, luego con la fuerza de los

árabes convertidos á su fé, las supersticiones populares con que la credulidad ó la impostura, alteran todas las religiones, y de hacer de la religion del Oriente un deismo práctico y racional. Poco habia que hacer para esto, porque Mahoma no se dió por un Dios, sino por un hombre lleno del espíritu de Dios, y no predicó mas doctrina que la unidad de Dios y la caridad para con los hombres: el mismo Abul-Wahiab no se ha dado por profeta, sino por un hombre iluminado por la sola razon. La razon esta vez ha fanatizado á los árabes como lo han hecho otras veces la mentira y la supersticion: se han armado en su nombre, han conquistado la Meca y Medina, han despojado al culto de veneracion tributado al profeta de toda la adorcion que se habia sustituido á él, y cien mil misioneros armados han amenazado cambiar la faz del Oriente. Mehemet-Alí ha opuesto una barrera momentanea á sus invasiones, pero el whahiabismo subsiste y se propaga en las tres Arabias, y, á la primera ocasion, estos pueblos purificadores del islamismo, se estenderán hasta Jerusalem, hasta Damasco y hasta Egipto. Así es como las ideas humanas perecen por las mismas armas que las han propagado; nada es impenetrable á la progresiva luz de la razon, esta ravelacion gradual é incesante de la humanidad. Mahoma salió de los mismos desiertos que los Wahabitas para derribar los ídolos y establecer el culto, sin sacrificios, del Dios único é in-